05 Cuentos reunidos

01
El Barrio Obrero en plena juventud

Hubo un tiempo en Pilar entre los años 60 a mediados del 70 en Pilar vivido en plena juventud, cuyas reminiscencias trascienden hasta hoy por sus inagotables formas de expresión.

Esa época fué con un un estilo de vida para todas las edades por su espíritu y más que una moda pasajera, con su música, su libertad y actitud, renovó el modo de pensar y actuar para siempre y por eso es que cada tanto vuelve a inspirar el presente.

Aqui quiero recrear las estampas del Barrio Obrero de aquellos tiempos guardados en cada uno de nosotros, como reflejos de las llamadas décadas prodigiosas de los años 60 y 70.

Me cuesta creer que sólo nos cabe imaginar aquellos lugares de la majestuosa Bahía del Arroyo Ñeembucú y su entorno porque para estos tiempos, todos esos escenarios han cambiado.

Pero he podido llenarme de sus imágenes para recordar aquellos tiempos, y cómo
no hacerlo si viví a unos pasos de las orillas del Arroyo Ñeembucú.

Recuerdo tanta Naturaleza alumbrada con la luz de la luna y el vuelo errático de las luciérnagas.
Nuestras luminarias fueron las estrellas en todo su esplendor.
Y en las casas, el “sol de noche” o “petromax”, o el quinqué, una columna con farol, que desde la esquina para jugar en la calle con la arena, nos daba en las casas cercanas una tenue luz.

Los recuerdos de mi memoria siguen vivos mediante imágenes, como jugando un poco con las palabras, están escritas.

Y estos escritos tienen los mismos sueños de los jóvenes de mi época, como deberían tener sueños los jóvenes de hoy, que procuren alcanzar.

Desde que nacimos nos sentimos parte de esa todavía incipiente Ciudad de Pilar que conocimos, donde crecimos y fuimos mayores sin el uso de la tecnología.

Para continuar vigentes tuvimos que adaptarnos, pero fieles a nuestro tiempo, conservamos lo que creemos que fué de la mejor época, nuestras propias costumbres.

Es por eso que a veces llevamos una mirada nostálgica hacia ese tiempo, como si el tiempo no hubiera pasado pero esas buenas costumbres sí pasaron.

Hemos recorrido a pie las calles arenosas de los barrios Loma Clavel, Crucecita, San Lorenzo, Villa Paso, Yataity, Barrio Obrero, entre otros y somos muchos los hijos de esas familias que vinieron del interior profundo del Ñeembucú, o parajes cercanos como Isla Ombú, Medina, Mburicá, San Jua í, Guazú Cua, Tacuaras, Carandayty, Cerrito, Humaitá, Paso de Patria o Gral Díaz, Ybabiyú, de quiénes
migraron a la Ciudad.

Escribo para no sucumbir al peso de la realidad, y la realidad es que la Naturaleza retrocede por el progreso humano y gana todo lo artificial de la Ciudad que se vuelve moderna.

Y porque como escribir es una reconstrucción insuficiente e intangible de lo que fué, a veces solo sirve para seguir soñando de lo que fué, o tal vez, sea una llamada a la acción para ser “pro ambientalistas” y se luche a favor de la Naturaleza
Que los verdaderos éxitos sean estas batallas por la vida.
Entonces habrá una esperanza de poder restaurar la belleza natural.

Así se comprenderá que dentro de este mundo de la tecnología sólo existe una realidad virtual que atrapa como si fuera la vida verdadera. Y no es así porque:

¿De qué me servirá describir las nostalgias si pienso solamente en los recuerdos, sin una llamada a la acción?

¿Cómo podría describir la infancia, la pubertad y la adolescencia, si no me comprometo con las nostalgias del pasado.

¿Quien no se dará cuenta en estos tiempos, del valor de un bosquecillo, de las lagunas y las aves, como remansos de paz.

Con la misma actitud de rebeldía de la juventud de las décadas prodigiosas,
aprenderemos de nuevo a caminar por los viejos senderos olvidados de ayer, acampando bajo las estrellas.

Acompañados o en solitario por el solo gusto de la contemplación de lo grandioso y majestuoso, descubriremos las señales mientras hacemos fogatas lejos de la Ciudad y sus luces artificiales.

Te invito a seguir recordando las Estampas del Barrio Obrero de antaño, para revivir su espíritu olvidado.
Serán nuestros momentos inolvidables en los lugares que hoy ya no están, y no importa dónde te encuentres.

Piensa, imagina que podamos encontrarnos en una ronda de amigos para salir juntos a recorrer los caminos desde un mundo interior, buscando las inocencias perdidas del ayer.
Hernán Benítez Denis

02
La canoa de Ña Eusebia:

De una manera filosófica, preguntándome sobre el significado de la vida en lo que contiene aquel objeto, una herramienta o lo que hayamos usados para ganarnos el sustento diario, y aquí se trata de una vieja canoa que sobrevive con las cicatrices y las huellas del tiempo desde cuando surcaban las aguas del Arroyo Ñeembucú, con las manos en sus remos de Ña Eusebia y Don Ayala Pato, quedaron los recuerdos y anécdotas de ese tiempo en esta vieja canoa que surge desde las brumas de ese tiempo para contarnos de la misma vida.

Y aquí nos preguntamos de nuestras vidas en contraste con la vida, y en particular la de Ña Eusebia, una humilde “pasera” que con su canoa se dedicó a prestar un "servicio a la Comunidad", junto a Don Ayala Pato, en la playa conocida con el mismo nombre y dónde tenía su casita, ya son dos figuras legendarias del Barrio Obrero.

En esa playa de blancas arenas de aquellos tiempos, conocido como "El Puerto de Ayala Pato", frente mismo al Barrio Guaraní, esta pareja de “paseros” tenían su casita junto al arrullo de las olas del también ya caudaloso y legendario Arroyo Ñeembucú de aquellos tiempos.

Iban y venían remando, un servicio disponible las 24 hs, así honradamente ganaban el pan de cada día, y no se si tuvieron hijos e hijas, pero si se que se ganaron a muchos jóvenes estudiantes y escolares que confiaban en ellos, en su destreza para remar y cruzar aquél Arroyo Ñeembucú de aquellos tiempos, "bravo y caudaloso".

Y como vivían al lado mismo de la orilla del Arroyo Ñeembucú, de ahí que el servicio de paseros era a toda hora y en cualquier circunstancia climática cuando se requiera de remo y canoa para cruzar al otro lado, o de ahí pasar a ésta, estaban Don Ayala Pato y Ña Eusebia prestos.

Cuántas idas y vueltas habrán hecho fué toda una vida llevando y trayendo personas que a su vez son historias ambulantes por sus quehaceres, del Barrio Obrero al Barrio Guaraní y viceversa.

Recordaba en otros escritos aquél "Puerto de Ayala Pato" y a los incansables paseros, Don Ayala Pato y su compañera Ña Eusebia, ambos se hicieron leyenda, remando y remando en el Arroyo Ñeembucú de aquellos tiempos de nuestra infancia y juventud.

Esa playa de arena cerca de la casita ya no es como antes hoy con las nuevas infraestructuras de muro de contención. Y no se si es conocida todavía como el "Puerto de Ayala Pato", y tampoco se si los recuerdos de ese tiempo siguen en la memoria de unos pocos sobrevivientes de esa época quienes hemos conocido el mismo lugar y su entorno, en su estado de belleza, "salvaje y natural"

El Arroyo Ñeembucú de aquellos tiempos, era bravo y caudaloso y tenía las grandes crecidas, pero nuestros héroes canoeros no se amilanaban para servir, incluso en noches tormentosas, igual hacían cruzar a los estudiantes de los Colegios y Escuelas nocturnas.

**Yo nunca imaginé que existiera todavía esa canoa de Ña Eusebia, hasta que vi una foto compartida en Facebook por mi amigo de la infancia, Apolonio "Yoyito" Espinoza,
y para mí fué como volver a ver una reliquia del pasado, perdido en el tiempo.**

Era esa canoa que era una nave en que se deslizaban con sus sueños y alegrías, muchos estudiantes y obreros del Barrio Guaraní, de humildes condiciones, tiene tantas historias sus maderas calafateadas tantas veces como fueron las esperanzas de todos quienes usaban este servicio vital de la pasera Ña Eusebia y su canoa para trasladarse hacia algún lugar de aquél Pilar de antaño.

Y porque tenían esa seguridad de volver a cruzar en cualquier hora para llegar a su casa.

Y ahora esa canoa es la protagonista principal, y me hizo saber Don Isacio Mauricio Acosta Jiménez", diciéndome;
"Pero siempre se puede hacer algo más".
"Está bien rememorar nuestra historia comunitaria, pero más importante aún, es que se llame a la acción para cuidar, preservar y no destruir los paisajes descritos, que forman parte de nuestra cultura y nos llenan de orgullo.
"Qué quedaría de esos recuerdos si no luchamos por el buen vivir, con respeto a nuestro tekoha".

Y es cierto Don Isacio Mauricio Acosta Jiménez, porque describir es sólo una reconstrucción insuficiente e intangible de lo que fué.
Pero contiene esa idea que fuerza a seguir soñando en una acción, como una llamada para no olvidar.

Ojalá que hayan tantos jóvenes con ese ideal de ambientalistas para preservar la Naturaleza.
Y que sus éxitos sean las verdaderas batallas por la vida, sólo entonces habrá una luz de esperanza al final del camino, restaurar parte de la belleza natural que se ha perdido en nombre del progreso.

En estos tiempos, no se puede calcular el valor de un bosquecillo, de las lagunas y las aves, son remansos de paz que no tienen precios.
Aprendamos de nuevo a caminar por los viejos senderos olvidados de ese ayer, contemplando lo grandioso y lo majestuoso, acampando lejos en noches estrelladas, descubriendo las señales del cielo.
Hagamos fogatas lejos de la Ciudad y de sus luces artificiales y que esa llama ilumine nuestros más inolvidables momentos.

La historia de Don Ayala Pato, de Ña Eusebia y su canoa que emerge a través del tiempo, tienen valor incalculable por los recuerdos que suscitan al mirar.

Es una parte de la historia del Barrio Obrero y el Barrio Guaraní unidos por ambas orillas mediante la canoa de Ña Eusebia. Y esta historia con sus recuerdos y anécdotas deben pasar a otras generaciones para conocer de ese un tiempo que no conocieron, y puedan atesorar como recuerdos para a su vez contar a sus hijos e hijas.

Por eso mismo, esa canoa de Ña Eusebia y su historia, debe reposar en un Museo de los rescates de los tiempos pasados junto a la descripciones.

Y es por eso que escribo para ir en solitario a ese rescate de la memoria colectiva antes que se pierdan, haciendo "recordatorios" de tantos lugares que hoy ya no están.
Hernán Benítez Denis

Comentario de mi primo el Profesor Adolfo Sánchez

Espectacular el relato de Hernán.
Cuando era todavía más joven varias veces también atraque mi canoa en el puerto Ayala pato llevando pasajeros en mi canoa Valle i o Califa desde el Puerto de Villa Paso.
También estaban las canoas que se llamaban Criollo del Sr.Catalino Valenzuela Suivivi de la señora Alicia Toñanez esposa del señor Merengo Barreto, Sandiapire del señor Emeterio Ayala y Valleí del señor Modesto Cáceres conocido por el apodo de Callejón. Estas fueron algunas de las canoas que surcaban las aguas del arroyo Ñeembucú.

03
Tiempos mágicos

Vengo a recordarte aquellos tiempos que fueron de nuestra infancia, con el mismo espíritu de cuando éramos aquellos niños y niñas, jugando juntos en la esquina de la cuadra.

Y no me detendré hasta seguir descubriendo de la vida sus misterios y sortilegios recurrentes.
Es por eso que soy reiterativo en éstos temas de la infancia, adolescencia y juventud, como lo fueron y lo siguen siendo para nosotros el transcurrir de los días.
Sabemos que cada día la mañana despunta con el sol saliendo desde el este y le siguen un cortejo de estrellas que no vemos por la intensidad de su luz, y que recién cuando descienda con la tarde se verá la luna en algún lugar del cielo en su eterno recorrido.

Así es como también están en la memoria dentro de nosotros los recuerdos vividos en la órbita de la vida que tiene su origen en la atracción de lo vivido desde la infancia.

Los recuerdos son parte nuestro aunque ya no los veamos, afloran con la imaginación y los sueños.
Los recuerdos son como la lluvia en otoño, siempre estuvieron para un tiempo necesario, para recordarnos que a esta altura de nuestras vidas, es un presente que se va yendo para encontrarse de nuevo con la niñez en aquellos lugares dónde nacimos y nos vuelve a esa inocencia perdida.

De esto vengo para hablarte como volviendo otra vez a ese estado de inocencia de aquella nuestra infancia.
Presiento que es imposible envejecer de otro modo más que por el espíritu que nos anima, y que nos privilegia al alcanzar estos largos años de existencia, con décadas de vida.

Y somos nosotros esa generación de aquél Pilar de antaño quienes en los años 50 comenzó a vivir con plenitud de la Naturaleza, niños y niñas con muchos recuerdos para contarnos cuentos de un “Tiempo Mágico”.

Y los extremos se tocan por esos misterios de la edad, nos acercamos de nuevo para encontrarnos de nuevo con nuestra propia niñez viviendo en algún Barrio de Pilar, dentro de un vecindario, entre aquellos conocidos como nuestros vecinos y como parte de una sola gran familia.

Y me refiero para ser más preciso a esa época cuando todavía jugábamos en la esquina de la cuadra en la arena bajo una columna de caranday con farol.

Teníamos apenas conciencia de nuestro alrededor, cuando eso con 5 a 6 años hasta 10, y luego un poco más hasta terminar la Primaria porque siendo jóvenes listos para ir a la Secundaria, comienza otra historia.

En este caso en particular, te hablo de quienes fuimos aquellos ribereños del Arroyo Ñeembucú en el Barrio Obrero donde me sentí un mitaí entre los otros, "umí che mitá irungue"

De cuando la diversión en ese tiempo, la única y más sana juntarnos para jugar en esas calles arenosas donde todos juntos crecimos, a metros de las aguas de esa gran Bahía que se formó cuando el canal principal del Arroyo Ñeembucú salió de su cauce.

Y escribo de esa época como que fueron "Tiempos Mágicos", y como queriendo volver al alma y el espíritu de esa época donde era tan natural crecer juntos las niñas y los niños, como iguales todos sin juguetes de plásticos y sin conocer a los Tres Reyes Magos.

Porque nosotros mismos fuimos aquellos magos para inventar nuestros juguetes que salían de la nada en unos pases de magia.

“Por los caminos dibujados en la arena, rugen los motores de latas de sardinas, nuestros camioncitos estirados con hilo de atar”.

"Mientras, las niñas hacen casitas con palitos y pedazos de madera, para albergue de sus muñequitas de trapos, juegan entre ellas a las "amas de casa", y hasta nos

ocupan a los varoncitos para traerles hojas de "mbaysyvo" y "pata de buey", para cocinar "un rico guiso" dentro de una lata".

"Y nos invitan incluso a soñar, en un lugar único donde todos estamos coloridos vestidos de retazos de tela Pilar, sin marca ni etiquetas, así fueron nuestras ropas".

No encuentro cómo hacer para olvidar y para no seguir recordando la infancia, y ya no me importa ser reiterativo en estos temas, porque sé que hay un lugar de dónde vienen las palabras para ser escritas y describir imágenes, es de esa parte de la vida llamada infancia, con su magia aprendida en la niñez para ser felices.
Es por eso que escribo como “sacando conejos de la galera”.

Las niñas, por ser niñas sin ser conscientes, intuyen y sueñan que algún día serán mamá, mientras los varones queremos mostrarnos aptos para ellas, al saber cómo vencer las dificultades.

Sobre estos y otros temas te hablo como de un mundo de aprendizajes sin aulas, de una niñez vivida entre carencias pero sin percatarnos que algo demasiado importante nos faltara para ser felices cada día.

“Tiempos Mágicos” fueron esa época de una infancia de calles arenosas dónde cada día se construían "castillos de cristal", con la arena.
Castillos que se quedarían en las mentes de los niños y las niñas como sus sueños a ser realizados.

Y los cuentos deberían siempre tener un final feliz.
Salir un día dejando el hogar hacia lejanas tierras para hacer realidad los sueños que tuvimos, fue en esa búsqueda de mejores oportunidades.
Y cuántas veces, fueron tan frágiles los logros de los momentos de lucha por la vida, que tuvimos que buscar algo de la magia de la infancia para refugiarnos, y luego rehacer los sueños rotos.

Aquellos tiempos de la niñez siguen estando en nuestra memoria, y pasaron décadas.
Ahora te invito como en un sueño, a que volvamos a re inventarla, nos encontraremos con la misma magia de la infancia.
Hernán Benítez Denis

04
Esas mañanas frías:

En otoño pero más en invierno, recuerdo el rocío de la mañana sobre el pasto, cuando muy temprano por la Canchita del Barrio Obrero voy descalzo haciendo girar mi suncho.

En las esquinas por la columna de caranday, la tenue luz del farol alumbra todavía un poco hasta que amanezca y salga el sol a plenitud, será otro día muy claro con el cielo despejado, como fueron las mañanas de invierno con viento suave del Sur.

Ahora cruzo la calle Silvio Pettirossi y me subo a la vereda del Almacén “El Toro de Don Víctor Espinoza y Ña Conché”, en el Barrio Obrero de antaño, el más populoso almacén.

Salí muy temprano haciendo rodar mi suncho
porque se acabó el azúcar, y tenía que venir a comprar porque estoy sin tomar mi cocido negro bien caliente en la cocina, con tortillitas y galleta Bermejo, para luego irme a la Escuelita San José Artesano, entrando por el Paú Poí.

Cada tarde mis hermanas se reunían en un corredor de la casa paterna de mi infancia, adolescencia y juventud.
Sobre la calle Alberzoni y a unos pasos de la Bahía del Arroyo Ñeembucú hacia el norte.
Allí mis hermanas con mi mamá, Maria Pabla, se ayudan entre todos haciendo mosquiteros y terminando algunas prendas sobre pedido, de camisas, pamtalones etc. Recuerdo por ejemplo que Olga sobresalía como Modista.
Y allí en ese corredor como taller, todas se ayudan pedaleando la máquina de coser “Singer”.

Las que se han independizado y formaron familia como Erme y Olga, traían sus propios quehaceres de sus casas, son aquellas tareas domésticas propias de las amas de casa.
Yo veía que tejen su “crochet”, cortan tela, sacan modelos, pegan botones, desgranan choclo o limpian porotos luego de sacarlos de sus vainas.

En aquél entonces, Lilí, Dulci y Alida seguían todavía en la casa, y seguro que cada una de mis hermanas tenían sus propios proyectos de vida.

Y yo recuerdo esas alegrías de la vida sencilla cuando la familia se reúne en el corredor bajo techo.
Eran esas tardes de viento sur en invierno, cuando ya pasó el sol hacia el ocaso, ha dejado el corredor de la casa como un lugar tibio y acogedor.

Eran esas tardes de entretenido comentario que se cruzan entre ellas parecido a un alboroto, hablan de las cosas que ocurren en el Barrio Obrero, y solo bajaban la voz cuando empieza la radionovela de un tal “Lucero Sombra”.

En esas tardes de invierno pasan tomando un mate llamado “Misky”, algo así me sonaba y era raro porque antes de cada cebada ponen un poco de azúcar en un

pequeño recipiente enlozado con asa, donde se mezcla la yerba con café con un poquito de azúcar.

Se vierte encima el agua caliente y se sorbe con bombilla, así sucesivamente, mientras comen galletitas surtidas que traía mi mamá de sus viajes a Puerto Bermejo, Argentina.

Y si la memoria no me falla, cada episodio, del tal “Lucero Sombra”, recitaba:
"Quiero morir cuando descienda el día”.
“Con la cara al sol y la mirada al cielo”.
“Como una paloma que remonta el vuelo".
Me tenían muy "jodido" porque cuando eso ya terminaban con el azúcar sin percatarse.

Y no me quedaba otra que salir muy temprano por la mañana para reponer y tomar mi cocido negro bien caliente con “cuerito”, o con tortilla entre galleta Bermejo.
Voy así poco antes que salga el sol a comprar azúcar haciendo rodar mi suncho hasta el “Almacén el Toro”, en “Esas mañanas frías”.

Vuelvo ahora para recrearte ese tiempo y ese trayecto por la Canchita yendo al Almacén El Toro, de cuando ese costado de la Canchita pegado a la alambrada tenía como un surco el caminito entre el “pasto cabayú”.

Fueron días de invierno con mañanas frías y amaneceres soleados.
Fueron esas mañanas cuando empiezan a salir apenas los primeros rayos del sol, largos como espadas de oro.
Pero muy tibio todavía que apenas disipa la niebla.
Se va evaporando poco a poco el rocío, y hace que vea entre brumas a tres caballos como de humo con sus cuerpos calientes, despide ese vapor que todo lo transfigura.

Con el sol lentamente asomando esos días de invierno fueron de lo más agradable en todo su esplendor, porque el entorno vuelve poco a poco a ser tan brillante y se siente cálido.

Al mirar arriba veo un cielo de color azul con algunas nubes blancas que parecen copos de algodón, viajan empujados por el viento Sur.

Llegará el día en que también me iré, y dejaré estos lugares como recuerdos, para ser aquél migrante que aprendió a tejer una telaraña de rocíos, dónde atrapar los sueños de su juventud.

En una de “esas mañanas frías” de otoño, pero más en invierno, empujado por el viento Sur, un

día me iré con ellas invitado por estas nubes que parecen copos de algodón.
Pero en ese tiempo en que era todavía un mitaí, me invitaron a que siga soñando.
Hernán Benítez Denis

05
“Los caballos de vapor”:

Fueron aquellos días de invierno con amaneceres fríos y mañanas soleadas. Cuando los primeros rayos del sol largos como espadas de oro son tibios y no calientan como para disipar la niebla que sube del rocío en el pastizal.

En la Canchita entré detrás de mi suncho y veo tres caballos de vapor, emergen como figuras humeantes.

Sus cuerpos calientes en el frío de la mañana, con mucho rocío en el pasto, en la luz dorada del sol que recién va saliendo sin calentar mucho cuando salga en su esplendor, se irá clarificando todo el entorno.

Y el día será brillante, incluso caluroso, porque así son nuestros inviernos con el transcurrir de las horas hasta que caiga la tarde, el sol completará el recorrido de su derrotero y descenderá al ocaso para que vuelva el frío.

Y mañana se repetirá igual como fueron aquellos días que siempre me han inspirado. Y si fuera compositor haría una canción con una mala letra, pero qué importa si un artista lo puede hacer como el que “arregla y pone música de Rock”, para calentar sus inviernos con este título:

“Caballos de vapor”

Una mañana fría
monté una figura humeante.
Era un caballo de vapor
Para ir en busca de mi amor
De aquellos como antes.

Y pensar que soy un mitaí
Mañana puedo ser un caballero
Porque hoy me siento verdadero
Con mi camisa a raya de corderoy

De rayas verdes y grises
Es una bella sensación
No sé tú qué me dices
Yo quiero ser tu canción

(Coro)
No sé tú qué me dices
Yo quiero ser tu canción
(Repite).

Gotas de rocíos en la Canchita
El viento sur me da igual
Como si fuera a una dulce cita
Con mi suncho por el pastizal.

Busco un poco de calor.
Son tus besos mi amor
No sé tú qué me dices
Yo quiero ser tu canción

Es una bella sensación.
Yo quiero ser tu canción

Es una bella sensación
Que quiere ser tu canción
(Hasta el final)
Hernán Benítez Denis